

«Sed santos, porque yo soy Santo»

Una imaginación vívida es un valioso recurso para el estudiante de la Biblia. Con ella él puede penetrar y entender mundos que de otro modo estarían vedados para él. Imagínese que usted es uno de los primeros lectores de 1^{era} de Pedro que vivía en la Asia Menor del primer siglo, tal vez en una de las grandes ciudades de Asia, tal como Esmirna, Éfeso o Pérgamo. Solamente estando en la Asia Menor del primer siglo, podríamos apreciar la fuerza de las palabras de 1^{era} de Pedro.

La iglesia está recién establecida en este mundo en el que usted ha entrado. La crucifixión de Cristo está fresca en la memoria de personas que aún viven. Usted recuerda al primer predicador que visitó su ciudad. Al comienzo él sólo atrajo su curiosidad, pero para sorpresa suya, su porte y su mensaje le resultaron impresionantes. El visitante dijo que sólo había un Dios y que todos los hombres habían pecado en contra de Éste y habían llegado a ser Sus enemigos. También dijo que Dios había enviado a un Salvador, a Cristo el Señor. Después de haber oído aquel mensaje de esperanza y de amor, usted llegó a ser cristiano.

Ya han pasado diez o quince años. El hecho de que usted y otros hayan desertado de las tradiciones religiosas de su comunidad, ha hecho que algunos de sus amigos se resientan con ustedes. Los parientes y los vecinos les han tildado de tontos; los oficiales del gobierno local les han cuestionado acerca del Dios al que sirven. Ha sido doloroso ver a algunos de los demás cristianos renunciar a Cristo y unirse a los que les causan desdicha a los fieles.

En este mundo los cristianos están desesperados por recibir aliento; una carta como 1^{era} de Pedro, podría significar la diferencia entre la vida y la muerte, espiritualmente hablando. El mensaje de Pedro es sencillo. Usted y los demás cristianos no deben flaquear en su celo. «Ceñid los lomos de

vuestro entendimiento, sed sobrios...», expresa la epístola (1.13). Dios no desea ni espera que la santidad de Su pueblo decaiga un ápice. Pedro refuerza esta idea citando a Levítico en 1.16: «Seréis santos, porque yo soy santo» (Levítico 11.44; 19.2; 20.7).

¡Santidad! Francamente, esta es una palabra con la cual a estos cristianos les cuesta relacionarse. ¿Cómo han de ser santos? Pedro responde esta pregunta apelando a tres experiencias que han bendecido las vidas de sus lectores: la obediencia, la redención y el nuevo nacimiento.

OBEDIENTES COMO HIJOS SANTOS (1.13–17)

Los padecimientos y el cristianismo están relacionados más estrechamente en la teoría que en la realidad para la mayoría de nosotros. La situación era diferente para los primeros lectores de la carta de Pedro. Después de haber visto a un hermano, cuando éste era arrastrado al centro de la ciudad, cuando sus ropas eran arrancadas de su espalda y había sido atado alrededor de un poste para ser azotado, el padecimiento cobraba una dimensión real. Cuando una hermana contaba que había sido excluida del trato de sus padres, o de los miembros de su familia, los cuales ya no le hablaban, y contaba que sus hijos ya no tenían amigos, el padecimiento era la vida. Los primeros lectores de Pedro no podían volver su mirada al pasado y desaprobando llenándose de compasión por los padecimientos sufridos por cristianos del pasado. Ellos sólo tenían cicatrices en sus espaldas para enseñar.

¿Cómo reaccionó Pedro a las cicatrices y al dolor? Les dijo a los cristianos que fueran obedientes a Dios (1.14). Los apremió a cerrarse herméticamente al pecado, y hacerlo con renovado fervor y perseverando en la santidad. Les dijo que los padecimientos los purificarían y los refinarían,

tal como el fuego al oro (1.7). No hallamos señales de un corazón desfalleciente en 1^{era} de Pedro. Pedro parecía estar expresando: «Si el enemigo desea pelear, se la daremos. Pelearemos contra el mal con la santidad».

Es difícil que Pedro haya colocado la obediencia y la santidad juntas por casualidad (1.14–15). La santidad no es un estado mental, es un estilo de vida. La santidad exige al menos dos requisitos. En primer lugar, exige humildad. Debemos reconocer que no tenemos ni los recursos ni la sabiduría para orientarnos a nosotros mismos. En segundo lugar, exige confianza. Debemos tener la capacidad, sin temor alguno, de dejarnos orientar por otro. No es de extrañar que Pedro invocara la imagen de un niño cuando expresó: «... como hijos obedientes, ...» (1.14).

Desafortunadamente, algunos cristianos tienen ideas erradas acerca del verdadero discipulado. Éstos creen que ser discípulo significa someterse, sin reserva alguna, a otro que se ha hecho responsable de nuestra santidad. La obediencia de hijo que Pedro recomendó exige humildad y confianza en la relación del cristiano con Dios. Cuando se deja que un tercero asuma la prerrogativa que le pertenece a Dios, de orientar nuestras vidas, ello constituye un coqueteo con la idolatría. Ello equivale a renunciar a la batalla por la santidad. La confianza, la humildad y la obediencia se oponen a la pasividad. El discípulo de Cristo escudriña la voluntad de Dios y la cumple en su vida.

La bondad de las vidas actuales de estos cristianos contrastaba marcadamente con las cualidades de las vidas pasadas que ellos habían vivido. La superioridad de sus vidas actuales era manifiesta. Esta es la razón por la cual los lectores de Pedro no podían entender que el mundo los ridiculizara y los persiguiera. ¿Por qué lo permitía Dios? ¿Por qué tenían que padecer? Son preguntas que se remontan a la antigüedad. Job, lleno de una ansiedad que nacía de la desesperación, se preguntaba: «¿Por qué no fija Dios días para el juicio? ¿Por qué deben los que lo conocen esperar en vano a que lleguen tales días?» (Job 24.1, NIV). El salmista reconoció, después de haber mirado la prosperidad de los arrogantes: «Casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos» (Salmos 73.2–3).

La forma como Pedro entendía el padecimiento, recuerda a los amigos de Job. Elifaz (Job 5.17) y Eliú (Job 33.19) habían sostenido que el padecimiento tenía como fin corregir y fortalecer los siervos de Dios. La insinuación de Pedro en el sentido de que el padecimiento refina la fe de los cristianos, del

mismo modo que el fuego al oro es una respuesta parecida. No todo padecimiento es corrección de parte de Dios, sin embargo, puede beneficiar a los cristianos. En el fondo, la respuesta de Pedro al padecimiento fue el recordatorio en el sentido de que Dios juzgará imparcialmente (1.17). En este punto su respuesta constituyó un paralelo del Salmo 73. El salmista llegó a la conclusión de que la prosperidad de los impíos era temporal. En efecto, Pedro llegó a la misma conclusión.

Los piadosos recibirán su galardón y los impíos serán objeto de la ira de Dios cuando todo lo injusto se enmiende el día postrero. No es necesario para el momento presente resolver el problema del padecimiento, para ser santos. «En esta tierra vosotros sois exiliados», les estaba diciendo Pedro a sus lectores. La humildad, la confianza y la obediencia se encuentran todas en las palabras: «temor» y «todo el tiempo de vuestra peregrinación». Esto fue lo que, en efecto, dijo Pedro: «Puede que no tengáis las respuestas a todas las cuestiones complicadas de la vida, pero sí tenéis esta respuesta: El Dios de la creación os conoce, os ama y os ha rescatado».

RESCATADOS POR LA SANGRE DE CRISTO (1.18–21)

Pedro se refirió a la anterior manera de vivir de sus lectores, y lo hizo tanto en 1.14, como en 1.18. En el versículo catorce se refirió a los deseos que tenían cuando estaban en ignorancia, y en el versículo dieciocho, a la vana manera de vivir que ellos habían recibido de sus padres. Cuando Dios no está presente, las vidas de las personas tienden a la ignorancia y a la desorientación, a una forma superficial de satisfacción diaria de los apetitos, la cual jamás es duradera.

Muchas de las cosas, que nuestro mundo contemporáneo imagina inteligentes, modernas y audaces, no son más que extensiones de la misma ignorancia que le ha robado el gozo a la vida por miles de años. La búsqueda irreflexiva de la satisfacción de los apetitos, nos esclaviza y nos destruye. Pedro después escribió acerca de los que prometían libertad, y eran ellos mismos esclavos de corrupción: «El hombre es esclavo de todo lo que lo haya sometido» (2 Pedro 2.19; NVI).

Pedro hizo un marcado contraste entre las pasadas vidas débiles, esclavizadas, que estos cristianos habían tenido, y la libertad que ellos tenían en Cristo. Pedro les recordó que ellos habían sido rescatados. La palabra que se traduce por «rescatar» era usada por autores seculares del mundo griego para referirse al pago de un rescate.

Un hombre acaudalado o poderoso podía portar una gran suma para ser entregada a una compañía de piratas o a una pandilla de bandoleros. El historiador romano, Suetonio, relató un incidente que ocurrió en la vida de Julio César en el 74 a.C. El joven César se dirigía a Rodas, una isla del mar Egeo, a estudiar retórica. Cuando su embarcación cayó en manos de los piratas, César envió a la ciudad de Mileto por cincuenta talentos de oro para su rescate. Mileto pagó la altísima suma, y los piratas dejaron en libertad a César.

El pago por el rescate de un rico y poderoso, era en plata y oro, pero Pedro les recordó a sus lectores que el rescate de ellos, de los deseos esclavizantes de la carne, había sido pagado en algo muchísimo más precioso —la sangre del Hijo de Dios (1.18–19). Pablo lo expresó con estas palabras: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5.21).

Pedro se refirió a Cristo como un cordero sin mancha y sin contaminación (1.19). En Apocalipsis 5.8, se usa la misma palabra «cordero» para referirse a Cristo, pero en el griego, la palabra cambia un poco, de modo que significa «corderito». Cuando se refirieron a Cristo, los escritores del Nuevo Testamento usaron los términos más entrañables. Varias veces en Hechos (3.13, 26; 4.27, 30), Él es llamado «Hijo» (en la NRSV es llamado «siervo» en los anteriores versículos). Cuando los cristianos de finales del primer siglo, y de comienzos del segundo, escribieron acerca del Señor, ellos a menudo lo llamaron «niño». Palabras tales como «cordero» y «niño», nos llevan a pensar de Jesús que Él era amado e inocente.

Pablo se refirió a Cristo como nuestra Pascua (1 Corintios 5.7). Este mismo nexo entre Cristo y el sacrificio de la Pascua se observa en Juan 19.36, donde Juan escribió que no fue quebrado hueso suyo. Aunque a la Pascua no se le refiere explícitamente en 1.18–21, la mención que hace Pedro de un «cordero sin mancha y sin contaminación», hace que de modo natural recordemos el sacrificio del cordero de Éxodo 12, y el momento cuando Dios pasó toda puerta en la que había sido untada la sangre del cordero. La sangre del Cordero ha rescatado al pecador, lo ha sanado y lo ha liberado del poder del destructor, de Satanás.

Este gran acto redentor de Dios en Cristo, fue planeado desde antes de la fundación del mundo, pero ha sido consumado ahora al final de los tiempos, en los postreros días (1.20). Por todo el Antiguo Testamento late un espíritu de expectación por el cumplimiento de las promesas de Dios. La

simiente de David, el Renuevo, se sentaría nuevamente sobre el trono, y Dios gobernaría a Su pueblo. Un nuevo pacto se escribiría en los corazones de los hombres (Jeremías 31.33). El leopardo y el cabrito se acostarían juntos (Isaías 11.6). Pedro les dijo a sus lectores que todas las promesas de Dios se habían manifestado a través de ellos en los postreros tiempos. Les aseguró que ellos eran herederos de todas las cosas. La fe y esperanza dadas a los cristianos a través de la resurrección de Cristo, producen santidad de modo natural.

NACIDOS DE SIMIENTE INCORRUPTIBLE (1.22–25)

Aunque la palabra «bautismo» ocurre solamente una vez en 1^{era} de Pedro (3.21), los estudiantes concienzudos de la Biblia han reconocido por largo tiempo que el bautismo es un tema dominante de la epístola. Algunos se han atrevido, incluso, a afirmar que la carta es una adaptación de palabras, que líderes de la iglesia primitiva pronunciaban como parte de la ceremonia, cada vez que un nuevo convertido era bautizado. Cuando uno era bautizado, uno nacía de nuevo. Pablo llevó la figura de lenguaje un paso más allá, cuando dijo que el cristiano salía del bautismo andando en «vida nueva» (Romanos 6.4). No puede haber duda de que Pedro se refería al bautismo cristiano (tal como lo había hecho en 1.3), cuando expresó: «... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible» (1.23).

No fue intención de Pedro insinuar que los cristianos ameritan la salvación, cuando observó: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad...» (1.22). El primer Pentecostés posterior a la resurrección, Pedro había apremiado: «Sed salvos de esta perversa generación» (Hechos 2.40). Es por la gracia de Dios, que el perdón y la vida eterna han sido dados. No compromete la doctrina de la gracia el sugerir que el oyente debe extender su mano y aceptar el don que se ha dado. Eso es lo que Pedro quiso dar a entender cuando les expresó: «Habiendo purificado vuestras almas...». Ellos habían creído en el mensaje de esperanza y de gracia, y habían hecho lo que el Señor había mandado.

La santidad jamás se aparta de la idea de un nuevo nacimiento. La simiente es incorruptible, y el creyente es purificado. ¿Entendió el pueblo que vivía en Asia Menor lo que Pedro quiso dar a entender con el llamado a vivir vidas santas? ¿Encontraron ellos la inspiración y la valentía que les permitieran ir en contra de los valores y conductas del mundo en que vivían? ¿Las hemos

hallado nosotros? Es una experiencia educativa escuchar la letra de ciertas canciones de rock o de música regional del centro y del oeste estadounidense. La satisfacción inmediata parece ser el llamado de los tiempos. Se nos dice que no esperemos por nada. Los programas populares de televisión refuerzan el llamado a la satisfacción inmediata. Millones viven a la altura de un llamado que no se eleva por encima del hacer todo lo que se sienta bien y del hacerlo ahora.

Ese es el mundo en el que los cristianos viven—cristianos que están llamados a ser santos. Para los lectores de Pedro no era borrosa la línea de separación que había entre las vidas santas que ahora tenían como cristianos y sus sórdidas vidas antiguas de incredulidad. Tal vez nuestro mundo sea diferente. La línea que separa lo santo de lo no santo, a menudo se vuelve borrosa. Los cristianos a veces aportan a la condición borrosa de la línea. Cuando el mundo llama, algunos dicen: «Por supuesto que no tenemos que alienarnos de toda la diversión, ¿o sí? No llevemos tan lejos este asunto de la santidad». Algunos cristianos parecen temer que el mundo podría colgarles de su cuello un rótulo con el más temido de los modernos epítetos: «Fanático». Parecen temer que alguien pudiera creer que ellos han tomado en serio su identidad como hijos del Rey.

Es causa de tristeza y de desaliento para muchos cristianos, el generalizado recurso a la sensualidad que se da hoy día. Las palabras que Josué le dijera al Israel de antaño, podrían ser adecuadas para la iglesia moderna: «No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso;...» (Josué 24.19). ¿Estaremos preparados para el imperativo de la santidad? No estoy seguro de cómo responderemos a tal pregunta. Moisés la respondió de esta manera: «Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos.... Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas» (Deuteronomio 30.11, 14).

Pedro dio a conocer dos fuentes de las que los cristianos pueden sacar fuerzas para tratar de ser santos en un mundo que no es santo. En primer lugar, la santidad se fortalece en el acto de dar y recibir amor fraternal de los peregrinos que nos acompañan en nuestra marcha hacia la Santa Ciudad. Pedro sabía que la pureza y la obediencia de sus lectores habían dado como resultado el amor no fingido, y los exhortó todavía más a tal amor con las siguientes palabras: «... amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro» (1.22).

En segundo lugar, la santidad es eterna mien-

tras que los honores y los apetitos del mundo son temporales. Habéis renacido de simiente «incorruptible», les dijo Pedro (1.23). Luego les citó un hermoso pasaje de Isaías 40.6–8, un pasaje que halla eco en Salmos 103.15–16: «Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre» (1.24–25a).

CONCLUSIÓN

En la porción 1.13–25, Pedro apremió a sus lectores a ser un pueblo santo y les indicó tres sendas que llevan a la santidad: la obediencia, el rescate y el nuevo nacimiento. El mundo de los primeros lectores de Pedro era como el mundo de hoy día en algunos aspectos, y considerablemente diferente en otros. El límite que separaba a los cristianos de los no cristianos estaba claramente marcado en el mundo de Asia Menor a finales del primer siglo. A los cristianos se les ridiculizaba y algunas veces se les agredía corporalmente, porque ellos se atrevían a decir: «Cristo es el Señor». Pedro no les prometió a los cristianos que serían aliviados de la agresión corporal y emocional. Más bien fue al contrario, les expresó que las cosas podían empeorar. Viniera lo que viniera, él quería que supieran que ellos eran el pueblo de Dios, y que el pueblo de Dios era santo.

El mundo del siglo veintiuno no tiene mayor necesidad que la de vidas santas de parte de los que llevan el nombre del Señor. No hay cabida para hacer concesiones ni para dar excusas. Son pocos los cristianos de la actualidad (por lo menos en los Estados Unidos) que deben enfrentar represalias corporales por ser cristianos. Hoy día el pecado nos abraza amorosamente y nos dice que tan sólo somos humanos, que no podemos esperar mucho de nosotros.

Los cristianos se necesitan unos a otros. Se nos ha llamado a amarnos unos a otros con amor del corazón, no fingido. De hecho, Cristo ha construido con Su pueblo un edificio santo en el cual podemos hallar apoyo y fortaleza en unos y otros. El edificio que Él ha construido es resistente, no como la gloria de la hierba que se seca, ni de la flor que se cae. En el capítulo dos, Pedro escribió más acerca del edificio hecho de piedras vivientes, no formadas por mano de hombre. Por ahora, entendamos que en la construcción del edificio santo se usan como materiales a hombres y mujeres que se han despojado de su antigua ignorancia y han sido rescatados por la sangre del Cordero. ■